

7. La presencia que lo salva todo

La presencia de Jesús lo cambia todo, hace nuevas todas las cosas: “Mira, hago nuevas todas las cosas”, dice el Señor en el Apocalipsis (Ap 21,5). Jesús hace nuevas todas las cosas al salvarnos, al venir a salvarnos. Dios podría habernos salvado desde el Cielo. En cambio, vino a salvarnos con su presencia, tal y como lo expresa una frase de san Bernardo que siempre cito: “Quiso venir Aquel que podría haberse contentado con ayudarnos” (Sermón 3 para la Vigilia de Navidad).

Es la promesa que Dios hizo a través del profeta Jeremías: “Haré con ellos una alianza eterna, y no pararé de hacerles el bien. Infundiré en sus corazones el deseo de temerme, y así no se apartarán de mí” (Jer 32,40).

Estamos a salvo si Dios está con nosotros. No basta con que Dios haga algo por nosotros, que nos beneficie desde lejos. Esto lo hace siempre y en todo caso al concedernos la existencia, al regalarnos cada instante de nuestra vida. Pero también lo hace con las piedras, las plantas y los animales. La existencia, para toda criatura, es un don gratuito de la bondad de Dios. Sin embargo, Dios no nos ha creado solo para existir, sino para estar con Él, para una relación de amor con Él; estamos hechos para vivir en el paraíso, es decir, en la condición en la que la comunión con Dios es puro amor y alegría recíprocos. Sí: *“ESSE COM IESU PARADISUS”*.

A la luz de esto, comprendemos también qué significa el “temor de Dios” del que habla Jeremías, y que aparece a menudo en la Biblia y en la Regla de San Benito.

El verdadero “temor de Dios” no consiste en tener miedo de la presencia de Dios, sino en temer perderla. Cuando Adán y Eva se escondieron tras el pecado, cuando Dios vino a pasear por el jardín del Edén y los llamó, no sintieron “temor de Dios”, sino solo miedo a Dios, miedo a su castigo. Proyectaron sobre el Señor su sentimiento de culpa. Tenían miedo de no poder defenderse del castigo del Señor. En cambio, Dios, que es amor, como dice Jeremías, no puede venir a nosotros sino para beneficiarnos, para hacernos el bien, aunque hayamos pecado, aunque le hayamos ofendido. A Judas, que se acerca a Jesús para traicionarlo, Jesús le dice: “¡Amigo!”. Pero Judas no se acerca a Jesús para estar con Él, para unirse a su presencia, sino para entregarlo, para deshacerse de Él, para que los guardias lo capturen y se lo lleven lejos de sus discípulos y amigos. Judas se acerca a Jesús y lo besa para suprimir su presencia entre ellos, su presencia en el mundo y, por tanto, la salvación. No imagina que precisamente esta entrega hará que la presencia de Cristo sea aún más real, más entregada y, por tanto, más salvadora para todos, salvo para quienes la rechazan.

En la Regla de San Benito se reitera con frecuencia la exigencia del *timor Domini*, del temor de Dios, para vivir con autenticidad la vocación monástica y cualquier tarea que se nos pueda encomendar en el monasterio. Y cada vez se exige el temor de Dios para reconocer la presencia del Señor en los hermanos, en los enfermos, en los huéspedes y en los peregrinos; es decir, para reconocer y servir adecuadamente a la presencia encarnada de Cristo.

Para san Benito, el temor de Dios es una cuestión de amor a Dios y al prójimo, a Dios en el prójimo. De hecho, en el capítulo 72 resume el verdadero sentido del temor de Dios al pedir que los monjes “teman a Dios con amor —*amore Deum timeant*—” (RB 72,9).

Entender el temor de Dios como el deseo de no separarnos de la presencia del Señor, como el temor de olvidarla, de no reconocerla y adorarla en cada encuentro y circunstancia, o en cada gesto de oración, servicio, trabajo y responsabilidad, es una gran luz para nuestra vida y vocación, y para la vocación de todo cristiano. Toda la vida queda unificada por la fe en Jesús presente, en el deseo de contemplar siempre su Rostro, de acoger su mirada benévola y benéfica sobre nuestra vida. Cuando Jesús miró a Pedro en el patio del sumo sacerdote (cf. Lc 22,61-62), aunque para Pedro fue como ser atravesado por una espada en pleno corazón, fue en realidad un acto de inmensa benevolencia, porque en esa mirada Pedro redescubrió toda la verdad de su vida, todo el sentido de su vocación, toda su dependencia de la presencia de Jesús. Por eso, para él fue sin duda terrible saber que Jesús había muerto, porque era como si él mismo muriera y todo en él quedara reducido a la nada. Pero esto hizo que, para él, la resurrección fuera un renacimiento total, una resurrección de su existencia, de su corazón, de su “yo” más auténtico.

Cada vez que en la Orden somos testigos de graves faltas de verdad, de obediencia, de humanidad y de fidelidad a la vocación, me doy cuenta cada vez más de que el verdadero problema no es tanto el pecado, la infidelidad, ni siquiera la maldad y la mentira que expresan ciertas personas. Pecadores, infieles, malvados y falsos, de una forma u otra, todos lo somos. El verdadero problema es la falta de temor de Dios, la falta de temor a perder la presencia de Cristo. No lo digo para condenar, pero es importante comprender que el verdadero problema es precisamente este, por lo que es en esto en lo que debemos intentar trabajar, ayudar, formar y convertirnos todos. No nos convertimos en santos por ser buenos, fieles, sinceros o sin pecado, sino porque permitimos que el Señor, que está presente, nos salve de nuestra maldad, infidelidad, mentira y pecado.

Sobre todo, no hay que olvidar que, si el temor de Dios es el temor a perder su presencia, no se educa en él ejercitando el miedo, sino la Presencia. No se aprende a nadar ejercitando el miedo a ahogarse, sino disfrutando de la belleza de estar en el agua, mantenerse a flote y avanzar con movimientos decididos. Solo si disfrutamos de la Presencia del Señor, que es la realidad más bella y buena que puede habitar en nuestra vida, estaremos verdaderamente atentos para no perderla.

Pero, ¿es la presencia de Cristo realmente el corazón de la vida de nuestras comunidades?